ORACIO PEREZ LICAIRAC

LA ISLA DE LA LEYENDA

EDITORA MONTALVO
Ciudad Trujillo
1939

Al Lic. Julio Ortega
Frier y a su distin-
guida esposa.

Renovado homenaje

- Mercedes Lucarica

LA ISLA DE LA LEYENDA

Poema dramático

JULIO ORTEGA FRIER
ABOGADO

JULIO ORTEGA PRIMER
ABOGADO

HORACIO PEREZ LICAIRAC

LA ISLA DE LA LEYENDA

11468

BN
LD 862.4
P 4397

"Los que echáis la sonda al mar
del incierto porvenir,
cuando al hombre habéis de hablar
¿por qué le habláis de llorar?
¿por qué le habláis de sufrir?"

"Valle de lágrimas"
Gastón F. Deligne

012387

Personajes:

El Padre
La Madre
El Joven
El Filósofo
El Poeta
Invitado Primero
Invitada Primera
El Posadero

I

La Primavera irrumpe en el ambiente. Sus efluvios penetran por el balcón semiabierto de la pequeña sala, en la cual el sol de la mañana pone sus alegres claridades.

LA MADRE

(*Acercándose al balcón*) ¡Qué hermoso día! El sol parece oro diluído.

EL PADRE

(*Cierra el libro, que ha estado hojeando distraídamente*) Bah! Esta lucha continua que amarga...

LA MADRE

¿A qué hablar de esto ahora? (*Pau-*

sa) Cuando yo era joven, me gustaba en un día como éste perseguir los pájaros en el bosque, hundir los pies en el río. Reír, reír... Morder las frutas. Gozar con el vuelo de las mariposas. ¿No sientes tú el perfume de las flores?....

EL PADRE

(*Abstraído*) Bueno, sí.

LA MADRE

¿Las emanaciones de la tierra?(*Con tristeza*) A donde iremos todos a descansar...

EL PADRE

(*Saliendo de su ensimismamiento*) Eso es, descansar. Descansar. El premio de la vida. Se afana, se hace uno de una pequeña hacienda, para nuestros últimos días y cuando se espera haber obtenido la tranquilidad, ya ves...

LA MADRE

Pero, ¿por qué te atormentas así? Lo tenemos todo. Las aguas crecen, se desbordan, y después, arrastrando las arenas de las márgenes, vuelven a su cauce. Y siguen su curso. Es la vida. Esas arenas, esos pedruscos

que vienen a la corriente, la enturbian, sí, pero por un momento. Luego se van al fondo y las aguas siguen fluyendo, transparentes.

EL PADRE

«Palabras y hojas se las lleva el viento».

LA MADRE

Pero hay algo más que también se lleva el viento.

EL PADRE

¿Y es?

LA MADRE

La memoria.

EL PADRE

No comprendo.

LA MADRE

Pues, entonces,.... no lo diré. Pero hay una pequeña sorpresa... (*desilusionada*) que tal vez te haga recordar.

EL PADRE

(*Iluminado de súbito*) Ah, sí! Perdóname. (*La abraza*) Los días corren, los años vuelan. Y a mí me parece tan distante la fecha.

BIBLIOTECA NACIONAL - D. - SANTO DOMINGO.

LA MADRE

Para el mes de mayo, un día como éste... ¡Qué feliz! Pero no he dejado de serlo, desde entonces. Nubes y aun tormentas... pero siempre es así... El sol es después, como el de hoy. La dicha se mezcla con mucho de amargura.

EL PADRE

Es cierto.

LA MADRE

¿Y no recuerdas que antes de ese día, sufría yo por ti, sufría por mi padre? Pero tú nunca supiste. El te

veía a ti, ¿cómo decir? Velero empujado por las olas... Ebrio de juventud, te seducía la vida y corrías sin freno tras de ella. La pasión te inflamaba. Y él no quería, no quería... (*Se oye una llamada en la puerta de entrada. La Madre se aproxima a la puerta*).

INVITADO 1º

(*Entrando*) Mis felicitaciones...

INVITADA 1ª

Que sigáis tan dichosos como hasta hoy.

LA MADRE

Gracias. Muchas gracias.

EL PADRE

Tomad asiento.

LA MADRE

Vamos a tomar un poco de vino. La mañana está fresca. (*Van pasando a la habitación contigua*).

EL PADRE

(*Siguiendo detrás de los otros interlocutores*) Yo, ya no pruebo alcohol. Pero en un día como éste...

(*Conversación animada al fondo de*

la escena. Llegan otros invitados. Se sirven copas de vino. La sala queda desierta. Transcurrido un momento llega El Joven).

LA MADRE

(*Acudiendo*) Pero hijo mío...

EL JOVEN

Hoy, no me digáis nada... He pasado la noche cavilando.

LA MADRE

¿Y esa expresión sombría? ¿Qué te ocurre?

EL JOVEN

Pues me ocurre que me siento sofo-

cado. Pájaro que se encierra en dorada jaula. Pero el pájaro no ve el oro de la jaula. Ve el cielo y los árboles.

LA MADRE

¿Pero no haces tú lo que deseas?

EL JOVEN

Sí. Pero se me riñe, se me acusa. (*Se sienta. Apoya la cabeza entre las manos*). Y pienso que, o perezco dentro de los hierros en que se me quiere aprisionar, o escapo, y me voy a buscar la libertad, a ser yo...

EL PADRE

(*Que escucha la conversación, se*

acerca, e interviene) Y ahora, qué es lo...

EL JOVEN

(*Con resolución*) Ahora es, que me voy. Lo dije ya.

EL PADRE

(*Increpándolo*) «Arbol que crece torcido.....»

EL JOVEN

Sí. Eso es. ¿Y crees tú que el árbol nuevo no tiene derecho a crecer? Que debe satisfacerse con la sombra del que ya creció y echó flores y va deshojándose, sin savia para reverdecer...

LA MADRE

(*Con angustia*) Nubes vagarosas me anunciaban este día....

EL JOVEN

Madre, ahí están las alforjas. (*Al Padre*) Y ahora haré lo que hiciste tú. Lo que hicísteis vosotros...

EL PADRE

No. Jamás hubo en mí ingratitud, que es yerba despreciable.

LA MADRE

(*Toma las alforjas, y, presurosa,*

interrumpe el diálogo dirigiéndose al Joven) Pondremos aquí los libros, ¿verdad?

EL JOVEN

Podría no llevarlos. Los tengo ya aprendidos.

EL PADRE

Vana presunción.

LA MADRE

Y vendas. Hay tantas espinas... Y esta imagen divina. Si te ves en peligro, acude a ella. Y estas sales

para aromar el cuerpo. (*Abre el gabinete y saca un bolso*) Y estas monedas que reuní para ti. (*Se deja caer, abatida, en una silla. Enjuga el llanto*).

EL JOVEN

(*Con embarazo*) Madre, ¿qué hora es?

EL PADRE

(*Con gesto acusatorio, señalando La Madre*) Ya lo ves, la de llorar. (*Sale El Joven con las alforjas*).

II

Una vieja posada en el polvoriento camino.
Es el anochecer.

EL POSADERO

(*Desde adentro, respondiendo a una llamada a la puerta*) ¿Quién es?

EL JOVEN

Un viajero.

EL POSADERO

Entra. (*El Joven entra en la posa-*

da. Vasto salón. En una mesa, El Filósofo y El Poeta disputan) Puedes sentarte aquí. (*Señala la mesa*) Aquí tienes compañeros.

EL FILOSOFO

(*Observa al Joven y se dirige a él*) ¿A dónde vas, por este camino?

EL JOVEN

Pues, no sé.

EL FILOSOFO

Por tu edad y por tus trazas, advierto que vas a la Isla de la Leyenda.

EL JOVEN

¿Sí?

EL FILOSOFO

Está rodeada de sirtes peligrosas. Hay serpientes, y veneno en ellas. Pero hay campos floridos. También verás las montañas de la eternidad, que muy pocos pueden escalar. Verás la fuente de la vida. Gozarás y sufrirás en ella. Hay profundos abismos. Y el valle de las penas, muy largo...

EL JOVEN

No entiendo tu lenguaje.

EL POETA

(*Al Filósofo*) ¿Por qué intentas entristecer su espíritu de ese modo? Ya lo dijo el poeta.

EL JOVEN

(*Interrumpiendo*) ¿El poeta?

EL POETA

Sí. Un poeta. (*Recitando*):

«Los que echáis la sonda al mar
del incierto porvenir,
cuando al hombre habéis de hablar
¿por qué le habláis de llorar?
¿por qué le habláis de sufrir?»

EL JOVEN

Eso suena bien.

EL POETA

Hoy escribí un poema. Se llama La Llave de los Sueños. Escucha:

Todas las noches al regresar a su mezquina cabaña el recio leñador, volvía con los músculos cansados, pero con suaves ternuras en el alma, deleitándose anticipadamente con aquella vocecita musical que le vendría al encuentro, para preguntarle gozosa:

—¿Qué me trajiste, padre?

Y el leñador le respondía:

—Hoy te traje un caracol. Y aquella noche la humilde choza se poblaba con los más hermosos sueños. La dulce niña veía ondinas y tritones. Y ella era la reina de los mares.

Al día siguiente, la misma voz le preguntaba:

—¿Qué me trajiste, padre?

—Hoy te traje una rosa.

Y aquella noche bajo el techo pobre, florecía un jardín maravilloso. Y la dulce niña era la reina de las flores.

Al día siguiente, se repetía la pregunta:

—¿Qué me trajiste, padre?

—Hoy te traje una caña hueca.

Y aquella noche se escuchaban en el mezquino hogar las más bellas melodías.

Y así todos los días, se renovaba el hechizo. La vecinita rica veía con tristeza aquella felicidad. Y sus padres no entendían cómo su hija, rodeada de lujo y de preciosas muñecas, no era tan dichosa. Alarmados por su creciente nostalgia, fueron a la casa del pobre leñador.

—¿Qué haces tú para llevar tanta alegría a tu hija?

—Yo no hago nada. Pero conozco la llave de los sueños.

Y desde aquel día, el opulento vecino se dió a buscar esa llave misteriosa.

EL FILOSOFO

Esa llave está también en la Isla de la Leyenda. Allá, está todo.

EL JOVEN

Me habéis hecho pensar con vuestras palabras. Yo veo una mujer ardiente, que me atrae. Tal vez la halle en la Isla de la Leyenda.

EL FILOSOFO

La encontrarás allá, en la fuente de la vida.

EL JOVEN

Pues iré a ella. Y trataré también, ¿por qué no? de subir a las montañas de la eternidad. Será gloriosa la vista desde esas cumbres.

EL FILOSOFO

Ya eso es más difícil.

EL POETA

Pero no es necesario ir a la fuente de la vida, ni a las montañas de la eternidad. Yo te enseñaré algo mejor, la fuente de la poesía.....

EL POSADERO

(*Acercándose*) Pero habéis estado

discutiendo toda la noche. Ya es tarde.

EL JOVEN

(*Volviendo a la realidad*) Oh! sí. Ya es tarde. Y me urge llegar pronto. No podéis detenerme.

(*Sale El Joven. El Filósofo y El Poeta se quedan solos y siguen disputando*).

III

Igual escena que la primera. Melancólica tarde de Otoño.

LA MADRE

Adivino tus pensamientos y voy a responderte. Volverá.

EL PADRE

Pero tú no debiste haberle dejado ir.

LA MADRE

Era inútil... Además.....

(*Se oyen voces extrahumanas que*

dicen: Fuerzas incoercibles nos arrastran, nos impelen...)

EL PADRE

(*Sobrecogido de temor*) ¿Oíste?

LA MADRE

Sí.

EL PADRE

(*Abre el balcón y mira hacia afuera*) No veo a nadie.

LA MADRE

Son las voces de nuestros antepasados.

EL PADRE

¿Cómo lo sabes?

LA MADRE

¿Qué no sabe el corazón de una madre, cuando se trata de su hijo?

(*Penetra inesperadamente El Joven. Vuelve con las alforjas. Parece muy fatigado y envejecido*).

LA MADRE

Por fin! (*Le besa*). Pero ¿dónde estuviste, mi hijo? ¡Y qué cansado te ves! Ven, siéntate, reposa.

EL JOVEN

(*Sentándose*) Estuve en la Isla de la Leyenda.

EL PADRE

(*Sorprendido, a La Madre*) ¿Acaso?...

LA MADRE

(*Respondiendo al Padre*) Está en su juicio. (*Al Joven, acariciándole*) Y cuántos cabellos encanecidos.

EL JOVEN

Los traigo del valle de las penas.

EL PADRE

No comprendo.

LA MADRE

¡Cuánto has sufrido, pobrecito!

EL JOVEN

Quise subir a las montañas de la eternidad. No pude. Me faltaron las fuerzas. (*Siguiendo su relato*) Estuve al caer en un hondo precipicio. (*A la Madre*) Invoqué la imagen que me diste..... y pude salvarme. Me mordieron las serpientes venenosas... Me sanaron las vendas que pusiste en las alforjas. Y apagué la sed en la

fuente de la vida. Oh! la fuente de la vida. Allí, las aguas son límpidas, atrayentes, pero a veces tienen un sabor salobre. En sus bordes, las flores se renuevan, sin cesar. Frutos de la fuente de la vida, ellas compensan los afanes. Algunas, pues..... (*con tristeza*) las marchita el viento. Yo os traje una. (*Abre las alforjas y saca una flor. El Padre, reconciliado, la coge con ternura*).

EL JOVEN

Vosotros os miraréis en ella.

FIN.

EL MEDICO DE LA FELICIDAD

Poema Dramático

BNP PERÚ

PERSONAJES:

EL HOMBRE

EL LABRIEGO

PACIENTE PRIMERO

PACIENTE SEGUNDO

PACIENTE TERCERO

PACIENTE PRIMERA

BNP

BIBLIOTECA NACIONAL
PERU

I

Obscura noche de invierno. Extraviado en el sombrío bosque, El Hombre penetra violentamente en la cabaña solitaria del Labriego.

EL HOMBRE

¿Puedes darme albergue?

EL LABRIEGO

(*Atemorizado*) ¿Quién eres? ¿De dónde vienes?

EL HOMBRE

¿Quién soy? Un hombre..... como tú..... Pero tal vez no soy igual que

tú. ¿Has visto alguna vez fantasmas?

EL LABRIEGO

¿Fantasmas?

EL HOMBRE

Sí. Fantasmas. Me persiguen. Vengo huyendo de ellos. Son como seres humanos. Viven. Pero no puedo nada contra ellos. Son más fuertes que yo. Mi voluntad que no sabe doblegarse, no logra rechazarlos. Surgen en la noche, fatídicos, espectrales. Ah! míralos, vienen, vienen.....

EL LABRIEGO

(*Lleno de espanto cierra la puerta*

que quedó abierta) ¿Dónde.... están?

EL HOMBRE

Ya, ya .... se van. Pero..... tal vez vuelvan. Mas no. Dame algo de beber. (*El Labriego le lleva agua que El Hombre sorbe ávidamente*). Ahora ..... (*sosegándose*) me quedaré aquí. Echaré de mí esos monstruos que martirizan mi razón. Dime, ¿no has hecho tú daño a alguien?

EL LABRIEGO

No. A veces, las bestias no obedecen. Y hay que castigarlas. Pero siempre les doy agua y yerba fresca.

EL HOMBRE

No me entiendes.

(*Se oyen voces confusas al exterior de la cabaña. El Hombre se acerca a la puerta y la abre*).

EL LABRIEGO

¿Los fantasmas?

EL HOMBRE

No. Ahora no. (*Dirigiéndose a un grupo ya cercano de hombres y mujeres que viene por la senda*). ¿Qué hacéis por aquí a estas horas? ¿A dónde vais?

PACIENTE PRIMERO

Vamos en busca del Médico de la Felicidad.....

EL HOMBRE

¿El Médico de la Felicidad?

PACIENTE SEGUNDO

Tal vez sea algún espíritu burlón.

PACIENTE PRIMERO

No. ¿Hemos de dudar antes de conocerle?

PACIENTE PRIMERA

Mora en lo alto de la montaña.

PACIENTE TERCERO

Llegaremos con el alba.....

(*Los hombres y mujeres se alejan, siguiendo su camino*).

EL HOMBRE

(*Que ha cerrado de nuevo la puerta*) ¡El alba! (*Al Labriego*) ¿No has sentido tú que el alba ahuyenta las tinieblas y nos trae la paz?

EL LABRIEGO

A esa hora voy a la cañada.

EL HOMBRE

¿Qué en esa hora el murmullo de

las aguas es música que aleja las angustias?

EL LABRIEGO

Y a veces aún brillan las estrellas.

EL HOMBRE

¿Y no comprendes el lenguaje de esas luces que vienen de lo alto? Luces que bajan hasta el alma y la inundan con suaves claridades..... que nos hacen esperar nuevas auroras, de calma..... redención...

EL LABRIEGO

Con ellas me guío por el camino.

EL HOMBRE

¡Pobre labriego inocente! ¿Pero sasabes tú lo que es la dicha?

EL LABRIEGO

No conozco esa palabra.

(*El Hombre abandona la cabaña y escapa en pos de la caravana que se ha perdido entre las sombras*).

II

Amplia llanura. La hora del crepúsculo vespertino.

EL HOMBRE

Os estuve buscando desde anoche.

PACIENTE PRIMERO

Bajamos ya de la montaña.

EL HOMBRE

¿Y qué hacéis aquí ahora?

PACIENTE PRIMERO

Vinimos a hacer lo que nos dijo el Médico de la Felicidad.

EL HOMBRE

¿Y qué os dijo?

PACIENTE PRIMERO

Nos dijo de cegar un pozo.....

PACIENTE SEGUNDO

Destruir una fragua.....

PACIENTE TERCERO

Cubrir un lago.

PACIENTE PRIMERO

Y dijo: «Probad a ver si así sois dichosos»

EL HOMBRE

¿Y lo hicísteis?

PACIENTE PRIMERO

Lo hicimos.

EL HOMBRE

¿Qué había en el pozo?

PACIENTE PRIMERO

Del pozo emergieron mariposas. En su fondo se ocultaban inquietas mariposas. Se fueron. Volaron todas.

EL HOMBRE

¿Y en la fragua?

PACIENTE SEGUNDO

Estrellas. La fragua daba estrellas. Se apagaron todas.

EL HOMBRE

¿Y en el lago?

PACIENTE TERCERO

Imágenes. Algunas sombrías, otras claras. Se disiparon todas.

EL HOMBRE

¿Y ahora sois felices?

PACIENTE PRIMERO

No lo sabemos.

EL HOMBRE

¿Y queréis seguir así?

PACIENTE SEGUNDO

No lo sabemos.

EL HOMBRE

(*Con exaltación*). Pozo de los deseos, fragua de los anhelos, lago de los recuerdos, iremos a buscar de nuevo vuestras mariposas, vuestras estrellas, vuestras imágenes claras o sombrías. (*A los otros hombres y mujeres*) Venid! Yo os ayudaré.

FIN.

Periodo DR. A. FERNANDEZ MENDEZ, 1989